

pero siempre precisos en volver hacia el interior de los edificios la decoración, en modificar la tendencia sudarábica de que el edificio fuese por dentro un vacío oscuro y por fuera una exuberancia de accesos.

Nada es más significativo que comparar la Mezquita de Córdoba, obra magna de lo musulmán hispano, con la de Samarra, obra contemporánea suya, que fue representativa del Jalifato de los abbasíes. En la primera, lo esencial son las alineaciones de columnas, que multiplican las pequeñas perspectivas, cerradas y entrelazadas, así como el patio de los naranjos, que da una sensación de intimidad entre límites exactos. La segunda puede considerarse como una apoteosis del vacío; iniciando un tipo de construcción que dio obras célebres en El Cairo (desde la Mezquita Ibn Tulun, hasta las enormes naves altas de la Mezquita Sultán Hasan), y en Persia, donde las Mezquitas de Ispahan llegaron a ser sólo portales inmensos. En resumen, pudo decirse que sobre el Oriente del Islam se extendieron algunas tendencias panteístas indo-iránicas, afectas a dejarse disolver en la Naturaleza, para que con afán de perderse en los espacios, se asomasen a patios vacíos como grandes explanadas, a la vez que en lo ornamental la decoración imponía su hegemonía expansiva. Pero cuando llegaban esas tendencias a Andalucía, cambiaban de interpretación y significado. En lo constructivo, Andalucía volvió los edificios del revés, hacia dentro; tendiendo a suprimir o reducir aberturas y terrazas, para asomarlos a patios y jardines completamente cerrados, en que el espacio se rompía o disimulaba con fuentes, senderos de cerámica, plantaciones y pabellones. Así se iba recogiendo la inmensidad en pequeños recintos, a la medida de lo humano (lo cual llegó a ser en el período granadino la nota más característica del modo andaluz). En lo ornamental, las grandes estalactitas del arte persa e iraquiano, al entrar en Sevilla y Granada, dejaron de ser constructivas y tener papel funcional, pues ya no hicieron pechinas en ángulos bajo bóvedas, sino que se redujeron a decoración de yeso adherida a los muros; algo que no sujetaba, sino sólo tapaba. La españolización del arte arábigo fue, por tanto, una acentuación de los valores de proporción, aplomo e interioridad.

El mejor ejemplo del predominio hispano-islámico de lo funcional sobre lo ornamental se encuentra hasta hoy en la Alhambra. Aunque aquel conjunto monumental granadino puede parecer a primera vista algo concebido con un criterio de perezoso refinamiento sensual, fue en realidad una ciudadela o extensa fortaleza, y torres de castillos son las que encierran sus más adornados salones. A su vez, la Alhambra constituyó por sus orígenes un punto central de confluencia entre los estímulos artísticos llegados desde el Levante asiático y las adaptaciones